

causa? Las obras futuras del novelista nos lo dirán. Mientras tanto, digamos que el escritor que ha trazado tan enorme cuadro de vidas individuales en un plano de tanto patetismo y tan humana realidad, se tiene bien ganado el Premio Nobel de Literatura con que la Academia de Suecia lo acaba de distinguir.—  
JUAN MARIN.



SUCRE, por *Juan Oropesa*.—Editorial Ziz-Zag.

En la constelación de héroes que brilla en el cielo de América en los albores de la Independencia, ninguno tiene más títulos a la simpatía y reconocimiento de la posteridad que don Antonio José de Sucre, Mariscal de Ayacucho. Lo dió todo y no pidió nada; no temió al encuentro con el enemigo, pero sí a las astucias de la diplomacia y a los halagos del triunfo; impulsado por la necesidad, asumió siempre el primer puesto en el momento del peligro, y se ocultó en el momento de repartir honores y botines, declinando su gloria en la apuesta figura de Bolívar, a quien con ternura filial llamaba padre, y retirándose a la soledad a escribir una carta digna y respetuosa al único amor de su vida, la joven marquesa de Solanda.

Los rasgos apolíneos de la fisonomía moral de Sucre contrastan singularmente con la turbulencia de los caudillos que lo circundan, en cuya sangre bulle el valor tumultuoso y la arrogancia insolente de los mestizos. La superioridad de las aptitudes sobre las ambiciones; un sentido de la disciplina que es innato y se robustece por una visión de conjunto que permite ver las limitaciones de la actuación personal; un valor lúcido, hecho más de despego por la propia vida que de odio al enemigo, en quien veía el instrumento ocasional de una resistencia pasajera; una sobriedad rayana en el ascetismo; un concepto de la grandeza de su misión que lo hace oír con desprecio las injurias de

rivales turbulentos; modestia en el triunfo, serenidad en la derrota, son cualidades que confieren a nuestro héroe un conjunto de perfección clásica. Sólo Bolívar, O'Higgins y San Martín pueden emular en condiciones con Sucre, y si el primero parece aventajarlo en fertilidad de recursos, en magnetismo personal, en la fuerza polarizadora de la elocuencia, ninguno muestra precocidad tan sorprendente y destino tan dramático, expiando con la muerte en una vil emboscada los servicios prestados a la libertad.

Creemos que la ascendencia nórdica, valona, de Sucre, proporciona la clave de su perfección moral. La precocidad y viveza del genio acusan la sangre latina y el clima del trópico.

Rasgo sorprendente en este hombre magnánimo que odiaba la guerra como una forma de barbarie y sólo la admitía como manera inevitable de operar el progreso de los pueblos sojuzgados, es la fría certeza de su táctica, que lo llevó al éxito seguro y previsto en todas las acciones importantes que dirigió. Su estrategia elegante describe audaces parábolas y se abate sobre el enemigo con celeridad aquilina, arrebatando la victoria con precisión matemática y con mínima efusión de sangre. Su magnanimidad de vencedor le lleva a ofrecer a los oficiales españoles los mismos grados y prerrogativas de que disfrutaban en sus filas patrias, en el ejército independiente, después de Ayacucho, y lo hace brindar la paz a los peruanos rebeldes en las mismas condiciones después que antes de la victoria de Tarqui. «Juzgué indecoroso para la República y para su jefe humillar al Perú después de una derrota, con mayores imposiciones que las pedidas, cuando ellos tenían un ejército doble en número al nuestro, y quise probar que nuestra justicia era la misma antes que después de la victoria». Con estas sencillas palabras da cuenta Sucre al Libertador de su actitud sublime. «La guerra colombo-peruana—comenta a su vez el señor Oropesa—era un indicio manifiesto del triste destino que aguardaba a aquellos pueblos a costa de tantos esfuerzos libertados, para que luego se dedica-

sen a la tarea de entredestruirse. Por esta causa, Sucre, que obtiene en el Rortete de Tarqui una fulgurante victoria, rehusa ceñirse unos laureles que se le aparecían como una befa de sus ideales más queridos. La ocasión se prestaba además para alzar de su postración a unos pueblos envilecidos por gobernantes mezquinos y sin visión alguna levantada. De esta manera logra que la página de Tarqui se nos aparezca en la historia como una de las encarnaciones más hermosas del mejor espíritu americanista».

Se hace evidente, a través de la obra del señor Oropesa, que el ambiente continental, erizado de caudillos violentos, sacudido por pasiones bastardas de medro y despotismo individual, estremecido por el hervor de la sangre turbia de mulatos y mestizos, no era adecuado para cimentar pueblos libres, que iniciaran en forma tranquila una vida independiente y próspera. Consolidada apenas la independencia, los libertadores son asesinados o proyectados al destierro, y se entronizan en todas partes caudillos ambiciosos e irresponsables, que envilecen a los pueblos, enfrenando sus turbulencias con odiosas tiranías.

Podría decirse que la dura opresión española, sufrida durante tres siglos, no era una escuela cívica aparente para formar ciudadanos que pudieran vivir en un régimen de libertades, y que era natural que los esclavos de la víspera, contribuyeran con su agitación anárquica, a remacharse nuevamente en el cuello las cadenas que habían roto generosamente los libertadores. Pero cuando se ve que un siglo de vida independiente no ha bastado a estas Repúblicas para organizarse, disciplinarse dentro de la relativa libertad que permite el orden social, y realizar un trabajo coordinado por el bien general, se puede pensar que hay factores étnicos que hacen singularmente difícil la organización de estas naciones.

La obra está bien concebida y ejecutada. Hay equilibrio entre las partes y el conjunto, y el estilo, preciso y sobrio, se eleva naturalmente, sin períodos largos ni énfasis oratorio, a

todas las cumbres físicas y espirituales a que lo lleva el relato de esta vida ejemplar. Habríamos deseado que el señor Oropesa hubiera sido algo más prolijo, pues a veces pasa con rapidez un poco cinematográfica sobre hechos importantes que debieron moldear tempranamente el alma del héroe. Es probable que no esté agotado el tema, pero se ha ofrecido a los estudiosos y a los admiradores de la grandeza humana, un obra inapreciable para estimular sus nobles inclinaciones



CAMPANARIO DE HUMANIDAD, poemas, por *Samuel A. Lillo*. Santiago de Chile, 1938

Don Samuel A. Lillo ocupa un sitio único en la poesía chilena. En una edad de decadencia, en que los poetas se volvían hacia las intimidades recónditas de su alma, para encontrar en ella, como en el fondo del océano, la perla maravillosa de irisados matices, Lillo abría los ojos resueltamente al mundo exterior, y hallaba en el suplicio infernal de los mineros, en la pelea heroica del hombre con el mar, en la lucha del colono con la selva virgen, en todas las gestas de la raza, en suma, el tema de sus cantos viriles y musculosos, que quedarán como la epopeya de la conquista de la naturaleza por el trabajo. Sus poemas han llegado a todos los confines del país, se han incorporado a la tradición chilena, se han fundido con las epopeyas de la raza, a tal punto que no se puede mencionar la caza del cóndor o del puma, la pesca de la ballena, el roce, la vida del minero, sin que acudan a la memoria los versos con que don Samuel ha fundido en bronce estos episodios. Es el último representante de la poesía épica y sus cantos estarán en primera línea en el acervo literario de nuestro pueblo. El cantó la vida autóctona y potente de un Chile anterior al maquinismo, a la corrupción política, al materialismo sobreviviente, y sus cantos